
DESPUÉS DEL JUICIO

De toda eternidad venía el Ser Supremo complaciéndose en sus soledades. ¿Cómo, cuando, por qué surgió en el Espíritu infinito la idea de la creación? ¿Qué motivo pudo determinar que fuera un momento ese mundo que nunca antes fué y nunca después será? ¿A qué ese universo cuya vida, por más que se dilate en inmensidades de siglos, llenará apenas un instante fugitivo en la inmortalidad del eterno solitario del cielo?

¡Quién sabe! Ello así lo cuentan. En un instante indivisible del infinito tiempo, la mente divina concibió el plan y la voluntad absoluta se determinó á ejecutarle. Entonces se realizó el gran milagro. De nada se hizo todo. A impulsos de la voz creadora surgieron el espacio, la materia, la fuerza, la forma. Los mundos llenaron la extensión vacía. La luz iluminó los ámbitos; el calor vivificó á los seres. La vida nació en el seno de lo inorgánico. Sopló Dios y apareció el alma.

*
* *

Tiene el aislamiento sus inconvenientes pero también sus ventajas. La creación fué para su autor motivo de grandes preocupaciones y cuidados. El hombre sobre todo le dió muchos disgustos. La primer pareja humana le salió desobediente. Eligió como suyo á un pueblo y le resultó díscolo, infiel, corrompido, idólatra. Envió á su propio hijo para redimir á los humanos del pecado y la redención alcanzó á muy pocos y los humanos siguieron pecando. Luego vinieron el progreso, las revoluciones, la ciencia, el descreimiento. La santa Iglesia de Dios sufrió muchas tribulaciones. Bien es verdad que, en compensación de tamaños sinsabores, los hombres dieron á su divino creador el espectáculo de tantas y tales tonterías, que más de una vez en el transcurso de los siglos la faz del Altísimo se desarrugó y de sus labios brotó la risa, sin ser parte la propia voluntad omnipotente á contenerla.

*
* *

Aun no fué el de la impiedad el más triste de los espectáculos que el mundo ofreció á su autor. Dominando el *hosanna* de los sacerdotes, mezclado y confundido con el holocausto de los fieles, llegó incesantemente á sus oídos el inmenso gemido que exhala la creación entera, el bárbaro clamor de la cruel batalla de la vida, el grito del dolor, la queja de la opresión, el sollozo del infortunio, el rugido de la desesperación y el ex-

tertor de la agonía. Oyó llantos, blasfemias, maldiciones, conjuros, ruegos, alaridos, ruido de cadenas y rechinar de dientes. El mal entero de lo creado, toda la abominación de la existencia, se alzó hasta su trono inmortal como una protesta y un lamento. ¡Cuántas, cuántas veces, en la larga duración de las edades, el artífice del universo, conmovido por el inmenso infortunio de los seres, contemplando la desdichada condición de sus criaturas, á fuer de sabio, á fuer de santo, á fuer de misericordioso, á fuer de justo, se habrá sin duda arrepentido de su obra!

*
* *

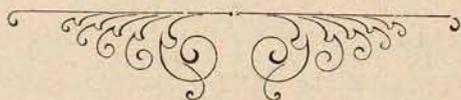
Todo acaba en el mundo, el mundo inclusive. Apareció por fin la aurora del día anunciado, del día temido, del día de la justicia, de la ira, de la expiación y del juicio. Todos los culpables de haber vivido comparecieron como reos en el valle de Josafat. El juez ocupó el estrado. Abrióse el juicio oral y público. Ofició el diablo de fiscal y el ángel guardian de abogado. Uno á uno, todos los humanos fueron desfilando ante el temido tribunal. Largo, muy largo tiempo duraron los debates forenses. Mas, pronunciada al cabo la inapelable sentencia, dióse al mundo por finiquitado, pasando á sus respectivas y perdurables moradas los santos y los réprobos.

*
* *

Una vez ultimada la liquidación definitiva de la vida, plugo á Dios contemplar el resultado. Y he aquí lo que vió. Allá arriba, en inconmensurables alturas, un puñado de justos gozaba la beatitud un tanto monótona, de la paz y bienaventuranza eternas. Allá abajo, en el insondable abismo, la inmensa, la prodigiosa muchedumbre de los condenados, se retorció desesperada entre tormentos sin nombre que nunca deben acabar. Y entre el cielo y el infierno, el universo, vuelto al caos, aparecía informe, monstruoso, oscuro, frío, desolado, como un enorme cementerio de mundos muertos.

De nuevo resonó potente entonces por las huecas concavidades del vacío, la voz augusta á cuyo mágico conjuro la creación un día saliera de la nada. Y aquella voz decía:

- Pues señor; bien pensado, la verdad es que he hecho un pan como unas hostias.



ROMA

Algo y aún algos tendrá que reparar la crítica en la última producción de Zola. Para no entrar en cosas de más fondo, el propio estilo, esa última concreción de la obra literaria, se resiente de monotonía, como si el genio de la expresión hubiese labrado en el cerebro del autor surcos profundos de que ya no le es dado salir. Quede la labor de aquilatar bellezas y defectos á los maestros de la crítica, provistos de la vocación y aptitudes que semejante función requiere. Para nosotros el libro del gran novelista francés es ante todo un tratado de sociología religiosa y moral. Y en verdad que, por esta vez, la tarea que nos atañe es en mucho la más importante; de tal suerte domina en la obra en cuestión el pensamiento sobre la forma y la intención sociológica sobre la creación literaria.

De feliz hallazgo merece ser calificada la idea de presentarnos á la ciudad eterna tal como aparece retratada en la conciencia sin mancha de Pedro Froment, el simpático sacerdote de *Lourdes*, atormentado por el martirio de la duda, henchida

el alma de caridad y amor humano, solicitado en opuestas direcciones por la herencia intelectual de un padre sabio y la afectiva de una madre mística; filántropo, soñador, lleno de todas las generosidades idealistas, enardecido por las iniciativas de León XIII, que abren según él al pontificado y á la Iglesia nuevos horizontes, fantaseando una regeneración religiosa y social. Mediante esta ficción afortunada, Zola satisface al primero de los cánones del realismo que ordena sea la realidad vista á través de un temperamento, sin que por ello padezca la verdad, ya que, conocida la estructura del espejo, es fácil rectificar las deformaciones de la imagen. Lo que parecería hacer la obra más subjetiva la hace, por el contrario, más impersonal. Nada el autor pone de suyo en ella, limitándose á declarar como testigo, no lo que Roma es en la propia conciencia del que la describe, sino como Roma resulta reflejada en una superficie moral, si vale la expresión, cuyas condiciones son por el lector conocidas.

Llega Froment á la Ciudad Eterna limpio de todo prejuicio. No abriga contra el paganismo romano la feroz inquina protestante. Si su instinto librepensador le ha hecho concebir alguna aversión hacia la Roma papal, su admiración por el Pontífice que ocupa á la sazón la silla de San Pedro, las esperanzas que funda en las iniciativas pontificias para el logro de una grande obra de renovación religiosa y humanitaria, borran por completo de su espíritu semejante preven-

*no siente por la
Roma italiana
inepungible
odio católico.*

ción. Testigo imparcial, vé sucesivamente desarrollarse ante sus ojos las tres Romas. Primero es la vieja Roma pagana, la representación más grandiosa que ha tenido la fuerza en el mundo, el emporio de la más colosal de todas las obras políticas que han conocido las edades, la predestinada, que desde sus oscuros y humildes comienzos se siente llamada á una misión soberana y augusta, poco á poco triunfante, avasalladora, dominadora, dueña del mundo y señora de las gentes, encarnando en el primero de sus emperadores el mayor poder que haya ejercido nunca un mortal, hasta caer, por exceso de grandeza, por apoplegía de majestad, por plétora de fuerza, en la disolución y en la muerte. Después es la Roma papal, trabajando lentamente, con insuperable constancia, por restaurar mediante sus armas espirituales el eterno ideal romano: la unidad en la dominación; ganando día tras día, pueblo por pueblo, alma por alma, á la cristiandad entera; contrastando el poder de su eterno rival, el imperio; señoreando al mundo en la persona de Gregorio VII; heredera del ensueño de dominio universal, de la preocupación exclusiva del imperio, de la tenacidad infatigable del pueblo rey; contrastada luego por el poder civil, combatida por la reforma, abatida por la revolución, pero sin haber renunciado jamás, ni aun en los días más adversos, á la aspiración perdurable de someter á su potestad absoluta los cuerpos y las almas. Y en fin, es la Roma italiana, la Roma corte de un reino, que aporta á la Italia restau-

rada, juntamente con la gloria de recuerdos sin par, la inmensa, la abrumadora pesadumbre de ese gran pasado, el legado de una ambición y de un orgullo inmortales, el vértigo de grandeza que parece brotar de un suelo al que han servido de abono los detritus de todas las majestades de la historia, herencia tan funesta que el nuevo Estado, para hacerse digno de su nueva capital, se ve obligado á esfuerzos que le ponen al borde de la ruina, enfermo de macrocefalia, como si ninguna nación, por grande y poderosa que sea, fuera capaz de soportar el peso de una capital semejante, señalada por los decretos del destino para ser cabeza del mundo.

De estas tres Romas, la católica y pontificia es la que absorbe en primer término la atención del sacerdote; la Roma del pasado y la del porvenir solo merecen su atención en función de aquélla. El joven presbítero francés ha tenido también su sueño. Sediento de fe, hambriento de caridad y de justicia, cuando oyó resonar en las alturas del Vaticano la voz augusta del vicario de Cristo, el cual, depuestos viejos prejuicios, proclamaba la reconciliación entre la Iglesia y el siglo, ponía en paz al pasado y al presente, bendecía la unión fecunda del progreso con la tradición, y aun no contento con eso defendía valerosamente, en nombre del Evangelio y del Cristo, la santa causa de los desheredados y humildes, Pedro Froment creyó de buena fe en el advenimiento de una nueva era. Figúrese á la Iglesia limpia de toda la herrumbre de la historia, restaurada en

la sencillez purísima de los primeros siglos, puesta á la cabeza de las justas reivindicaciones del proletariado, reconquistando el mundo por la piedad y el amor. Deseoso, á fuer de utopista, de anticipar la sazón del ideal acariciado, creyendo interpretar fielmente el sentido y las aspiraciones del gran Pontífice, Froment escribe un libro, obra generosa de cándida ingenuidad, en la cual comete, entre otros, los graves deslices de celebrar la pérdida del poder temporal que emancipa á los Papas de las terrenas preocupaciones del poder y de dar á su ensueño de renovación religiosa el nombre de nueva religión. No es menester más para que el libro, denunciado al Santo Oficio por anónimos perseguidores, incurra en la censura de la Congregación. A defender su obra va á Roma el autor, seguro de ganar su causa ante el Pontífice, cuyas ideas juzga haber expuesto con escrupulosa fidelidad.

Su calvario está descrito de mano maestra. Víctima de una sorda conspiración, rodeado de intrigas tenebrosas, pugnando en vano por hallar acceso á la presencia de un juez invisible, tropezando con una serie de obstáculos calculados para domar la voluntad y abatir al ánimo, testigo de ambiciones insensatas, de rivalidades mortales, de negras tramas que llegan hasta la sugestión del crimen, el soñador, el entusiasta medio asfixiado en aquella atmósfera moral donde el brazo del jesuitismo no aparece por parte alguna, pero su espíritu domina en todas, llega al fin abatido y desengañado á las plantas del Pontífice

para deponer allí, lleno de disgusto y congoja, los sentimientos más queridos de su corazón y los más altos ideales de su mente. León XIII resulta en la entrevista retratado de cuerpo entero. No es el intransigente sectario ni el innovador atrevido. No es el hombre del pasado ni el del porvenir. Es el político penetrante, avisado, sagaz, igualmente conocedor del espíritu del siglo y de las exigencias de la tradición, empeñado en la empresa de llevar á ambos á concierto. Cuanto dice para persuadir al sacerdote extraviado, es lo que cumple decir al Pontífice de una Iglesia que no puede echar por la ventana la impedimenta tradicional para ponerse á la cabeza de la humanidad y guiarla por entre la oscuridad de los tiempos.

Lo que Zola no nos revela, ni tal ha sido su propósito, es el secreto de la conducta de León XIII. Pero es un secreto á voces. Pío IX había declarado la guerra al siglo con la esperanza de someterle. La empresa fracasó. Cuando á la intransigencia sucedió la habilidad de la silla de San Pedro, la actitud del nuevo Pontífice estaba fatal, indeclinablemente impuesta por las circunstancias. ¿Qué había de hacer en materia política? Protestante el Norte de Europa, cismático el Este, divorciada Italia del papado por un grande interés nacional, arrancada el Austria de su sueño de reacción por el desastre de Sadowa, republicana Francia, á punto de serlo acaso España y Portugal, si el jefe visible de la Iglesia se obstinaba en mantener el *Syllabus* y en seguir abra-

zado al cadáver de la muerta legitimidad, ¿no corría el riesgo de verse enterrado con ella? ¿Qué había de hacer en materia social? Levantada en el seno del proletariado la protesta contra lo existente, evidenciada la iniquidad de un orden económico absurdo, suscitado por el pueblo mismo un movimiento capaz de dar al traste con la obra de la revolución, de destruir la libertad y de procurar á la Iglesia la revancha contra la descreída y perturbadora burguesía, ¿podía menos el representante del Evangelio, el vicario de un Dios que exaltó la pobreza y la humildad y fustigó á los opulentos y soberbios, podía menos de interponer en la contienda los buenos oficios de su autoridad moral, dando á los vencidos de la vida el consuelo estéril de buenas palabras, imponiendo á los vencedores la traba ilusoria de sanos consejos, pero dejando viva la raíz del mal con la consagración religiosa de la propiedad quiritaria? Hallábanse estas cosas implicadas en la necesidad de una política previsora y prudente. Quien las ha realizado, obedeciendo los dictados de la razón y el buen sentido, no por eso debe aparecer á los ojos de los discretos como un genio sin igual que haya resuelto en materias políticas y sociales la cuadratura del círculo.

No menos injusto que exaltar hasta las nubes la genialidad del Pontífice sería el imputarle las fatales limitaciones dentro de las cuales se halla circunscripta su acción. No hace más porque no puede. Con su criterio imparcial Zola le juzga

equitativamente en este punto. La tradición es su cadena. Bien quisiera él restaurar la unidad de la Iglesia rota por Lutero; impídenlo las fatalidades del dogma. Bien quisiera acabar con el cisma de Focio; estórbalo el respeto de la disciplina. Si alguna vez ha experimentado deseos de abandonar á Roma, pronto ha comprendido la temeridad de tal propósito. Si ha deseado restablecer los radicalismos sociales de los Padres de la Iglesia, se ha sentido atado á la burguesía por la necesidad del dinero de San Pedro. Si su sentido práctico y político, si su corazón italiano le han incitado acaso á poner fin á la estéril protesta contra la usurpación de los Estados pontificios, facilmente ha advertido la absoluta precisión de mantener en este punto la posición heredada. Por no poder no puede siquiera salir del Vaticano, esa cárcel espléndida de once mil habitaciones por donde vaga, prisionero voluntario, el anciano venerable, semejante al espectro augusto y solemne de un mundo desaparecido.

Al ver á este Papa prudentísimo luchando en vano con dificultades tamañas, casi se siente uno inclinado á echar de menos la actitud franca, brava, fiera, de su antecesor. La conducta de León XIII es hábil; la de Pío IX tenía algo de heroica. El Papa de ahora amolda la política de la Iglesia á las exigencias del siglo; el Papa de antes quiso que fuera el siglo quien se sometiera á los dictados de la Iglesia. Podrá parecer insensato el empeño de detener al tiempo y hacer re-

trogradar á la humanidad por el camino de la historia; pero, ¿hay alguna empresa que deba tener por imposible el apoderado de la divina omnipotencia? Bien parece la intransigencia en el órgano de lo inmutable. Por eso el lector se siente poseído de involuntario respeto ante la gran figura del cardenal Boccanera, enemigo acérrimo de los temperamentos de transacción, celoso, fanático apostol de la integridad del dogma, la disciplina y la política tradicionales, gigante de lo pasado, dispuesto á sostener con sus brazos el templo vacilante ó á hundirse, si fuese menester, bajo sus ruinas. Ese espíritu alienta aún en la Roma católica y tiene representantes en el Sacro Colegio. ¿Quién nos asegura que mañana un cardenal Boccanera elevado al solio pontificio no rectificará la política de León XIII como León XIII ha rectificado la política de Pío IX?

¿Moraleja del libro? Muy sencilla. Bajo Pío IX los verdaderos creyentes debieron ser idólatras de lo pasado; bajo León XIII necesitan ser tan sólo partidarios de lo presente. Pero nada más. Ensalcen ó secunden la política pontificia aquellos á quienes satisfaga el actual orden de cosas. Para los que sienten avidez de grandes renovaciones religiosas y sociales, hambre y sed de justicia, ansia vivísima de un más allá que satisfaga plenamente á la equidad, al corazón y al pensamiento, para esos el Vaticano no tiene promesas ni esperanzas. Sus puertas de bronce están ce-

rradas para el porvenir. Ningún fresco renuevo retoña lozano sobre el viejo tronco carcomido. La humanidad no puede buscar ya en ese sepulcro la clave de sus destinos.



PARADOJA

(A mi entrañable amigo D. José Verdes Montenegro)

.....
—Confiemos, dije para cerrar la discusión con una frase hecha, confiemos en la eficacia regeneradora y en el poder santificante de la verdad.

Y dájelo en mal hora. Estas palabras, destinadas á calmar con su sensato trivialismo, las vehemencias de mí interlocutor, fueron á modo de chispa que puso fuego á su explosiva fantasía.

— ¡La verdad! clamó indignado, fuera de sí, como creyente que escucha un sacrilegio. ¡La verdad! Pero ¡si sufrimos de eso, si agonizamos de eso, si morimos de eso! ¡Si es ella la que agosta el espíritu, la que seca y entumece el corazón! ¡Si á ella debemos nuestras más hondas amarguras! ¡Si es ella la que, en nuestros tiempos, conduce á la humanidad á prematura, vergonzosa é incurable decrepitud!

—No disparatemos, repliqué formalizándome á

mi vez ante la enormidad del dislate. No hay discusión posible cuando á los dictados de la razón se oponen las divagaciones de la locura. Todo tiene su límite, todo; hasta el absurdo. Espero que no irás á defender ahora que sea preferible andar ciego por el mundo á ir por él con los ojos abiertos.

—Ciego no, gritó, ciego no, pero sí viendo visiones. ¿Sabes tú para qué sirve la verdad? Para no quemarse en el fuego, para no ahogarse en el agua, para comer, para beber, para dormir, para proveer á los menesteres diarios de la vida, para satisfacer las necesidades de la bestia. No la saques de ahí; lo la llesves á las altas regiones del espíritu. Tan luego como proyectes su luz sobre los horizontes del alma, estás perdido sin remedio. ¡Adios fe, adios consuelo, adios esperanza! La vida será para tí una agonía y el universo un sepulcro.

—¿De suerte, dije con sorna, que solo la mentira puede salvarnos?

—Sólo ella; respondió solemnemente; ella que ya tantas veces nos ha salvado. La humanidad ha tenido hasta aquí la facultad divina de poder refugiarse de nuevo, huyendo los horrores de la realidad, en el mágico alcázar de la quimera. Nunca sus desengaños han sido definitivos. Dejó de creer en los fetiches para adorar los ídolos. Renegó del paganismo para abrazar la fe de Cristo. Fué de ilusión en ilusión, como de flor en flor. Y así se ha salvado. Lo que constituye la inmensa desolación, el aterrador peligro

del presente es precisamente eso; que un grande error se disipa sin que alboree otro grande error.

—¡Donosa filosofía de la historia!

—Es más que eso; es toda la filosofía de la humana vida. ¿Crees tú, insensato, que se puede vivir con la verdad, con la verdad seca, con la verdad dura, con la verdad amarga, con la verdad desconsolada, con la verdad fría? ¡Si apenas es alimento suficiente para el espíritu de los brutos! Pon en el alma del joven el justo desencanto del anciano y tocarás el resultado. ¿Qué energías juzgas tu desplegaría el hombre si estuviese penetrado desde el principio, como lo está al fin de su carrera, de la inmensa nada de las cosas? ¿Cuántos seres humanos calculas tu que arrostrarían animosamente la existencia si pudiesen leer de corrido en el porvenir? ¿Qué sería de nuestra vida sin el espejismo engañoso de ese fantasma celeste, de esa visión de grandeza, de prosperidades, de dichas, de paz, en pos de la cual corremos locamente mientras vivimos y que se disipa al tocarla?

¿Quién hizo los mártires? La fiebre religiosa, ese delirio sobrehumano que vence al instinto, arrostra el dolor, desprecia los tormentos y se burla de la muerte. ¿Quién alentó á los héroes? La gloria; esto es, la más hueca de las fantasías, el humo de una vanidad de ultratumba, la superstición de un nombre, la idolatría de unas sílabas. ¿Quién engendró los santos? La virtud; es decir, el sacrificio de los impulsos naturales á una nor-

ma de la mente cuyo fundamento real no alcanza la mente. ¿Quién originó la familia, fundó la sociedad y ha perpetuado la especie? El amor, ilusión de ilusiones, mago sublime, hechicero omnipotente que venda los ojos del alma, exalta lo amado, ennoblece la generación y diviniza al sexo. ¿Quién mantiene la necesaria emulación entre los hombres? La ambición, esa sed inextinguible que no se calma sino que se excita bebiendo. ¿Qué es lo que, fuera de la necesidad física, nos impulsa al trabajo? El ansia de riquezas que, poseídas, no nos hacen ni más felices ni mejores.

Destruye todos esos errores, suprime todos esos motivos y tendrás una humanidad prudente, pero inmóvil; avisada, pero muerta. La gran paradoja que tú crees ver en mi razonamiento está en la realidad. El progreso descubre la verdad; la verdad matará al progreso. Ya los hechos lo muestran. Atravesada por la humanidad la dorada región del ensueño, la civilización comienza á anunciarse como un regreso sapientísimo á la barbarie. Resta aun la fantasmagoría de la riqueza; la última. Cuando esa también se haya desvanecido, el hombre será tan sabio que ya no tendrá razón alguna de vivir.

—¡Bravo! exclamé, la enfermedad está diagnosticada de mano maestra. Ahora sólo faltan el pronóstico y el tratamiento.

¿Pronóstico? Fatal. ¿Tratamiento? Imposible. La fe no se vende en la botica. La esperanza no se administra en píldoras. Las creencias, las

convicciones, los principios no se expenden por receta.

Y tras un lúgubre silencio durante el cual parecía resonar en sus oídos el extertor de la humanidad agonizante, vueltos los ojos con ademán extático hacia ese cielo ya vacío de dioses, aquel hombre singular mezcla estrambótica de excéptico y de iluminado, prorrumpió en el siguiente apóstrofe, con honores de invocación y tono de jaculatoria:

--¡Oh ilusión, esencia del alma, sostén de la vida, único bien real de la existencia! ¡Oh ilusión, hija del misterio, hermana de la poesía, madre y soberana del arte! Cuando, viéndote morir, olviden los humanos lo que te deben, yo al menos, fiel á tu memoria, asistiré desolado á tus exequias. Tú no has dado al hombre el poder de vencer á la naturaleza, pero sí el de divinizarla. No le entregaste la tierra, pero le prometiste el cielo. No le procuraste el placer de los sentidos sino el éxtasis del alma. No le enseñaste á sostener la vida, pero sí á afrontar la muerte. En tu seno mil generaciones se han adormecido plácidamente en el eterno sueño. Tú poblaste lo infinito y diste un padre al mundo huérfano. Tú trocaste el sepulcro en cuna de inmortalidad. Tú inspiraste á la desesperación esperanza y lo inconsolable consolaste. Tú hiciste creer en lo increíble y encontrar lo imposible llano. Tú amoldaste la realidad á la medida del deseo. Tú prometiste juventud á la vejez, remedio á la pobreza, compensación al dolor, premio á la

virtud, consuelo á la aflicción y justicia al desvalimiento.

La verdad te ha matado: nunca más resucitarás. Al pasar de tu dominio al suyo, la humanidad pasa, del regazo de la madre, á las garras de la madrastra. Ya el cielo está desierto. Ya es la tumba criadero de gusanos. Ya el todo no nos debe nada. Ya el mal no tiene compensación ni remedio lo irreparable. Ya es la justicia convención humana, no ley universal. Ya es la creencia teoría provisional, no convicción definitiva. Ya el pensamiento reconoce su impotencia para penetrar el gran misterio. Ya es el hombre fruto del acaso de la selección, bestia razonante que tiene la voluntad por músculo y la inteligencia por zarpa. Ya la debilidad no aguarda socorro, ni el dolor alivio, ni el pesar consuelo, ni el desamparo justicia, ni la bondad recompensa, ni redención el pecado, ni la vejez rejuvenecimiento, ni la muerte resurrección. Ya el porvenir no tiene sorpresas, ni el pasado tiene leyendas. Ya es la vida del hombre relámpago fugaz entre dos nadas. Ya no se es joven, ya no se sueña, ya no se ama. Y la humanidad sigue, no obstante, tejiendo su obra de libélula para lo futuro, como si pudiera no ser mortal una caída del infinito.

—¿Se ha acabado al fin la letanía?—pregunté impaciente.

Se acabó.

—Reasumiendo: la verdad es mortífera, solo la ilusión es redentora. ¿No es esa tu proposición?

—Esa es.

—Pero, por extraño que parezca, ese absurdo que sostienes supongo lo tendrás por verdadero.

—Por tal lo tengo.

—Entonces, á título de verdad, tu afirmación deberá ser, ó no hay lógica en el mundo, tan funesta como todas las verdades.

—¡Diantre, es cierto! Pues mira, no había caído en ello.

—Eso te demostrará una cosa; que el hombre puede suicidarse, pero el pensamiento no es susceptible de suicidio.

¿Podía ser más concluyente la refutación? Pues así y todo mi obstinado contradictor no se dió por convencido. Antes, meneando la cabeza, murmuró á cabo de rato:

—Dirás lo que quieras: la dialéctica está sin duda de tu parte, pero en cambio el corazón está de la mía.

FIN.

EDITORIAL

Iniciada en el banquete con que se solemnizó la coalición republicana llamada *de la prensa*, la idea de abrir una suscripción para imprimir las obras del ilustre publicista don Alfredo Calderón, diversas circunstancias hicieron que al cabo de algún tiempo *Las Noticias* de Bilbao recogiera esa iniciativa y solicitara para realizarla el apoyo de sus correligionarios.

En prensa ya la obra, la Asamblea del Centro Republicano, á propuesta del ilustrado representante Sr. Zozaya, y honrando como merecía al eminente escritor que si es gloria del partido republicano todo lo es principalmente de la agrupación centralista en que figura, acordó contribuir á la suscripción abierta por *Las Noticias*. Estaban ya adelantados los trabajos de edición del presente libro y en vista de ello, la representación de *Las Noticias* indicó á la comisión ejecutiva de los acuerdos de la mencionada Asamblea, que el producto de la suscripción á que había de invitar al partido centralista, en vez de ser unido á los fondos ya recaudados por el periódico de Bilbao, podría tener otro destino, conviniéndose que fuera la publicación de un nuevo tomo de artículos de don Alfredo Calderón.

Sin embargo el presente tomo no ha sido costado exclusivamente por los republicanos de Bilbao; y si estos renuncian al honor de ver figurar sus nombres en la lista que aquí habría de insertarse, queriendo ofrecer al distinguido correligionario un testimonio de admiración que, por ser anónimo,

lleva la autoridad de todo el partido republicano de Bilbao, *Las Noticias* no se cree con derecho para dejar de hacer constar que han figurado en las listas de suscripción *Las Dominicales*, *La Justicia* de Calatayud y *El Liberal* de Mahón. El primero remitió á *Las Noticias* 447 pesetas; el segundo 45, y el tercero 58,10. El nombre de estos periódicos no puede menos de figurar con el de los republicanos de Bilbao, al ofrecer á D. Alfredo Calderón la edición del presente volumen, en prenda de la admiración y simpatía de sus correligionarios.



ERRATAS

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>D I C E</i>	<i>DEBE DECIR</i>
1	25	<i>rerum noticiæ</i>	<i>rerum notitia</i>
69	23	la Cerdeña	la Cerdaña
94	2	de desvanecerse	por desvanecerse
113	16	y rectos como Tetuán?	y austeros como Tetuán?
131	1	erigida como	erigida en
136	32	afirmar eso no es proclamar la anarquía moral	afirmar eso es proclamar la anarquía moral
164	29	los jornales	los jornaleros
167	16	expontáneamente	extemporáneamente
180	15	inexorable con el que roba un pan	inexorable con el hambriento que roba un pan
182	5	viejos de la Edad Media	vestigios de la Edad Media
185	2	Currita de Albonos	Currita Albornoz
198	17	egoismo	heroismo
199	9	actitud	actividad
232	20	aun para las del académico	aun para las fuerzas del aca- démico
249	12	su premio	ese premio
275	28	muriendo	muriendo abrasada
289	11	actualmente	astutamente
292	15	mil duros que	mil duros de que
300	25	No abriga contra el paganismo romano la feroz inquina pro- testante.	No abriga contra el paganismo romano la feroz inquina pro- testante. No siente por la Roma italiana el inextingui- ble odio católico.
306	13	invitado	incitado
314	31	Reasumiendo:	Resumiendo:

Otras menos importantes, puede subsanarlas el lector.

ÍNDICE

	PÁGINAS
Al lector	I
El idealismo y el realismo en la educación	7
De ayer á hoy	17
Sensiblerías	23
Sofisticaciones	29
Empapelados	33
Perplejidad	37
La obediencia debida	43
Los fueros	49
Politica romántica	55
Por suscripción	61
Inconveniente	67
Los chicos de la mayoría	73
Sagasta y su estatua	79
Heráldica infantil	83
Examen de Geografía	87
Barcarola	91
¡Pobre Juan!	95
La bancarrota	101
¿Qué hacer?	107
Siga el baile	113
La esperanza del castigo	119
El favor	125
La política y la moral	133
No matar	141
Verbosus et nihil supra	145
Derecho y poder	151
Presidiables	157
Santificar las fiestas	163
Exposición	169
La libertad abstracta	175
La República burguesa	179
La piedad suprema	183
Despilfarros	189
Sociología naturalista	197
Socialismo católico	205
La lengua y la pluma	215
Suicidios	223
La Sátira	231

Caso de conciencia.	243
Redención	247
Pesadilla.	253
Meditación taurómaca.	259
Pobres madres	267
¿Maniqueos?	273
Réplica	279
La reacción mística	287
Después del juicio	295
Roma.	299
Paradoja.	309
Editorial.	317
Erratas	319





1149202

